



Frutos

Extensión Solidaria Universidad de Antioquia

3.000 ejemplares Distribución gratuita ISSN: 2339-4633

María del Rosario Torres González, de 73 años, es una de las fundadoras del barrio El Picachito, de la Comuna Doce de Octubre en Medellín. Participa en el proyecto Tejiendo hilos de la memoria, de la Universidad de Antioquia y el Museo Casa de la Memoria.
Fotógrafo: Juan Esteban Hernández

Octubre 2015

N.9



Publicación de la Vicerrectoría de Extensión
Universidad de Antioquia

Presidente del Consejo Superior Universitario
Sergio Fajardo Valderrama

Rector
Mauricio Alviar Ramírez

Vicerrector de Extensión
José Edinson Aedo Cobo

Comité Editorial de la Revista
José Edinson Aedo Cobo
Beatriz Betancur Martínez
Diana Isabel Rivera
Vicerrectoría de Extensión

Dirección
Diana Isabel Rivera Hincapié

Editor
Juan Diego Valencia Martínez
CIEC Facultad de Comunicaciones

Periodismo y Fotografía
Eliana Castro Gaviria
Juan Esteban Hernández
Jeny Montoya
Oscar Iván Montoya
Juan Diego Valencia Martínez
Andrés Velásquez

Corrección de estilo
Sergio Tangarife Jaramillo

Diseño y Diagramación
Camilo Montenegro Cárdenas

Impresión
La Patria

Octubre de 2015

Frutos. Extensión Solidaria Universidad de Antioquia
Edificio de Extensión, Universidad de Antioquia
Calle 70 No 52 - 72. 6° piso, oficina 601
Correo electrónico: comunicacionesviceextension@udea.edu.co
Teléfonos: 219 5170 - 219 8192 - 219 8172

Contenido

3 Presentación

4 "Todos somos dioses creadores"

7 Cátedra de derecho, de Medellín a
La Argentina

10 La autoprotección, un escudo
frente a la violencia contra los
periodistas

13 Una cantera de líderes

16 Tras las huellas que la memoria
deja en las laderas

20 Un universo imperceptible

23 Literatura: embrujo de niños en
Yarumal

26 ¿Peligro de muerte en playa
Barajas?

29 Para el hambre, algo más que
alimento

32 Una red para atrapar la violencia

Presentación

El 2015 es un año de efemérides para la Universidad de Antioquia. Se cumplen 80 años de su Revista, que comparte el nombre de la Institución, y de su Sistema de Bibliotecas, y 20 de su proceso de regionalización. Este último, en sus inicios, hizo parte de la Vicerrectoría de Extensión por un corto periodo, en tanto se formalizara como un sistema independiente. Hoy en día ha logrado presencia en todo el Departamento con programas exclusivos que responden a las vocaciones de cada región; traduciéndose en más equidad, sueños y oportunidades para los habitantes de Antioquia.

Con esta edición de FRUTOS, acompañamos la celebración de dos décadas de evolución y de aprendizaje de la regionalización universitaria. Nuestros reporteros recorrieron varias seccionales y sedes, capturando y registrando aquellos hechos que demuestran que en las regiones la extensión está viva, y que allí, la presencia de la Institución ejerce una influencia positiva, incluso en aquellas personas que no cursan formalmente un programa de pregrado o posgrado.

Así supimos que la biblioteca de la Seccional Magdalena Medio es un punto de encuentro, de regocijo y de aprendizaje para los niños que viven en las cercanías de la Seccional. Allí son acogidos con el cariño casi paternal de Pedro, el bibliotecólogo, egresado de la Alma Mater y quien se ha convertido en una de las personas más queridas de la zona.

Trabajando también con niños, en la Seccional Oriente, estudiantes de Microbiología han sumergido a escolares de siete, ocho y nueve años en el imperceptible universo de los microorganismos, explicándoles de forma didáctica y creativa cómo prevenir las enfermedades que podrían causarles los virus, las bacterias, los hongos y los parásitos microscópicos.

Además conocimos la historia de un campesino que espera, con ilusión, instalarse muy pronto en un nuevo hogar, luego de que los practicantes de Derecho de la sede universitaria en Sonsón lo acompañaran en el proceso jurídico para la restitución de su derecho a una vivienda digna, tras haber perdido la suya por la violencia.

Pero no son estas las únicas páginas dedicadas a la extensión en las regiones, ni en esta, ni en las ediciones anteriores de la revista, pues desde que nació en diciembre de 2012, esta ha seguido diversos proyectos universitarios en Antioquia, recreando la diversidad de los paisajes y la gente antioqueña, siendo fiel a sus formas de hablar y de vivir y, sobre todo, evidenciando el impacto del quehacer de la Universidad.

Felicitemos a nuestra Alma Mater y a sus universitarios que en las regiones, o desde Medellín, han trabajado por permitir soñar y hacer realidad los sueños de los habitantes del Departamento. Esto ha sido posible gracias al apoyo de las administraciones departamentales y municipales, a la generosidad de personas e instituciones que han creído firmemente en la presencia de la Universidad en sus territorios, y a la calurosa acogida que esta ha recibido. Aún son muchos los retos y el camino para cumplirlos es largo, pero con el compromiso de todos, la contribución de la Universidad al desarrollo humano y social con criterios de igualdad, será aun mayor.



“Todos somos dioses creadores”

Por: Eliana Castro

Bibliotecólogo, joven eterno, maestro de origami y narrador de cuentos. Estos son los pasos de un hombre que no se cansa de compartir conocimiento.

Puerto Berrío.

Cuando todavía faltan diez minutos para las dos de la tarde, tres mujercitas de no más de diez años merodean la Seccional del Magdalena de la Universidad de Antioquia. Apenas una hora antes, sentado en el puerto del pueblo y con la vista en el Río Magdalena, Pedro había dicho:

—Yo sí tengo mucha *clientela* —lanzó una sonrisa con picardía—, esa es la particularidad de mi biblioteca. Siempre hay usuarios.

Pedro José Cataño, bibliotecólogo, llegó al aeropuerto de Puerto Berrío en avión procedente de Medellín, cuando aún llegaban allí pasajeros, pues hoy solo se recibe carga, por los días de un intenso Fenómeno del Niño en 2003. Conoce la historia de cada rincón de Berrío, como si hubiera nacido en tiempos del mismísimo Hotel Magdalena. Llegó para inaugurar la biblioteca de la sede universitaria: desempacó muebles, libros, abrió puertas y ventanas. Tiene derecho este medellinense de 47 años a decir que es su biblioteca.

Al ver a las jovencitas, Pedro le hace una seña al celador para que las deje ingresar. “¿Tareas?”, pregunta. “Origami”, responden las niñas. Entonces Pedrito — como lo llaman aquí, con cariño y admiración— busca las hojas de colores. Camila, Vanesa y Darly necesitan hacer y pegar cinco figuras diferentes en su cuaderno de tercero. “Todos somos dioses creadores”, les recuerda el bibliotecólogo. “Cada una tiene su mundo, su historia, por eso ninguna figura les va a quedar igual”. Durante la tarde harán tulipanes, ballenas, sapos, uñas y peces.

—¿Qué figura es esta?

—Un triángulo.

—¿Por qué es un triángulo?

—Tiene tres lados.

Entre tanto Yerly, una pequeña de ocho años que desde los cuatro viene a la biblioteca, busca libros acerca de la cadena alimenticia; un grupo de diez niños pide un salón para ensayar una canción de flauta, otros

más averiguan los orígenes de la Internet y recortan en revistas viejas una tarea de español. Lo hacen con la ayuda y la supervisión de Pedro y de sus auxiliares.

La seccional universitaria está ubicada en la cima de una pequeña montaña, y alrededor de ella han ido apareciendo, paulatinamente, barrios de invasión. De La Malena, El Oasis y El Cacique vienen la mayoría de los niños a los cuales una biblioteca pública les queda a más de un kilómetro, pero tienen como vecina la de la Universidad. “Niños que están más solos que los demás”, dice Pedro. La primera semana suya en Puerto Berrío, una señora lo buscó para que le ayudara con una tarea de su hijo. Esa señora, a su vez, atrajo a otras madres y a otros niños que no tenían ni diccionarios ni cartillas ni papás que les pudieran explicar o enseñar unas tablas de multiplicar, por ejemplo. Pedro se resistió un poco, recordaba la misión de su biblioteca, el público, participó en el Consejo de Cultura municipal y capacitó a algunos bibliotecarios del pueblo, pero, a la vez, se preguntaba: “Si usted está en El Cerrejón, como médico de un hospital que es solo para trabajadores, y le llegan unos indígenas, ¿les dice que no?”.

No, él no les negaría atención.

Un contador de cuentos

Su mamá era buena conversadora, y un tío suyo es sopero de la tradición afro del sainete en la vereda San Andrés de Girardota -el sainete es una puesta en escena popular de la vida cotidiana, con todos los personajes típicos de un pueblo como el sopero o metido, las novias, el policía o el alcalde—, por eso su fascinación por lo contado. Desde el tercer semestre de universidad, como promotor de lectura, recorrió barrios populares de Medellín y supo del entusiasmo que provoca un libro. Después, como egresado de la Universidad de Antioquia, trabajó en la Casa de la Cultura de San Rafael, en pleno 1999: “Descubrí que yo sabía más que organizar una biblioteca, que podía poner a volar esos libros”, comenta. Caminó por más de 35 veredas, entre ataques guerrilleros y paramilitares, cargado de libros y cuentos por narrar. Allí descubrió las cualidades del origami, esas pequeñas figuras de papel con las que inventa y comparte mundos.



Pedro José Castaño (Centro), bibliotecólogo de la sede universitaria de Puerto Berrío, enseña a niños y vecinos a usar el telescopio.
Foto: Cortesía Pedro José Castaño.



“Pedro es el alma de la universidad; siempre está disponible: muchos estudiantes se graduaron porque él estaba encima, presionando”: Yésica Ríos, egresada.

Cuando llegó a Puerto Berrío, con el poco personal de una seccional recién nacida, se hizo cargo de las actividades de extensión y bienestar. “Para que los libros tengan vida hay que vincularlos a una tertulia, a un cine, hay que narrarlos”, repite Pedro. Entonces fundó el club de astronomía (y muchas familias vieron por primera vez la luna en un telescopio), una tertulia literaria y un club de lectura en la universidad que aún atraen a estudiantes, egresados y vecinos. En un rincón especial, Pedro guarda libros de cuentos que él mismo compra o le regalan, una biblioteca clandestina que solo conocen los niños.

En sus archivos fotográficos guarda la historia de generaciones y generaciones de estudiantes y egresados; muchos, incluso, primero fueron a la universidad a hacer tareas y hoy son estudiantes. “Pedro es el alma de la universidad; siempre está disponible: muchos estudiantes se graduaron porque él estaba encima, presionando”, comenta Yésica Ríos, egresada. “A él le

aprendí este amor por los niños. Muchos de los que venían cuando yo fui auxiliar, hoy están en la universidad y todo porque él les decía ‘venga, la universidad no es cara; o venga, yo le presto módulos para que se prepare’”.

Cuando Pedro, uno de los menores de nueve hermanos, soltero y sin hijos, escucha que hablan de él, desaparece. Hace doce años la biblioteca contaba con 1.432 materiales bibliográficos, entre libros y revistas. Hoy son 3 mil 600, solo en libros. Al final del día, cuando ya todos se han ido a sus casas, Pedro recita un fragmento de “Las palabras”, uno de los poemas de *Cosas elementales*, libro de Carlos Castro Saavedra: *Hagamos casas en lugar de palabras/ en vez de estar hablando interminablemente de una u otra cosa/ Hagamos caballos de madera para los niños pobres [...] Vuelve a renacer el verbo construir /cuando los hombres en silencio levantan una escuela...*

Cátedra de derecho, de Medellín a La Argentina

Por: Juan Diego Valencia Martínez

Campesinos desplazados por la violencia que fueron reubicados en la finca La Argentina, en Nariño (Antioquia), son respaldados y capacitados por el consultorio jurídico de la Alma Máter. Estudiantes de la sede de Sonsón les enseñan a reclamar sus derechos y a conocer sus deberes. La lucha, ahora, es por una vivienda digna.

Cierre sus ojos.

Imagine que recorre su casa, pregúntese de qué está hecho cada rincón, respóndase en voz alta qué compone cada parte del techo, las paredes, el suelo, la cocina y el baño.

Ah, ¿tiene baño? ¿Y agua potable? ¿Y alcantarillado?

Abra los ojos. Contar con esos servicios es lo que entidades como la Organización de las Naciones Unidas, de la que Colombia hace parte, llaman tener una vivienda digna.

La de *Julio César Guerra** está lejos de serlo. Es más, Julio César, un hombre robusto, pero bajo de estatura –a lo sumo llega a los 170 centímetros-, de piel curtida y 62 abriles encima ni siquiera tiene una casa. Vive –o mejor, sobrevive- bajo un techo ajeno que había sido abandonado y que está en una finca que les fue otorgado en 2008 a él y a 22 familias campesinas que fueron forzadas a abandonar sus parcelas por acciones violentas de diferentes grupos armados.

El predio es la finca La Argentina, está en la vereda El Carmelo del municipio de Nariño (Antioquia) y debería estar ocupado, pero la mayoría de sus beneficiarios decidió irse.

Viaje a La Argentina

La violencia acabó con la familia de Julio César Guerra. De vivir con sus seis hijos y su esposa y tenerlo todo en su finca en Ituango (Antioquia), pasó a estar solo y quedarse sin nada.

Su viacrucis empezó el 15 de noviembre de 2002. Ese día, cuenta él, un grupo de 11 paramilitares armados con fusiles, machetes y pistolas lo interceptaron, lo amarraron y lo golpearon mientras sometían a sus hijos y abusaban sexualmente de su esposa bajo el argumento de que él era colaborador de la guerrilla. A ella la asesinaron.



Él y sus hijos se salvaron de morir porque otro grupo armado ilegal ingresó a la zona y atacó a los paramilitares. Luego huyeron y se instalaron en una casa que les proporcionó la Alcaldía de Bello. Deambuló por las calles y cuando menos lo esperaba recibió una llamada de un funcionario del Incoder que cambiaría sus días.

“Me dijeron que había varias fincas; una en La Argentina. Yo dije: ¡Juepucha! Voy a salir del país y elegí esa y resulta que no era por allá lejos... acá me tiene. Los hijos se quedaron (en Medellín)”, relata Julio César.

Julio César y las otras familias fueron ubicadas en casas, que no superaban los 30 metros cuadrados, hechas con techos de zinc y tablas de madera. Algunas sin instalaciones sanitarias adecuadas ni acceso a agua potable.

A Julio César le dieron una parcela, pero por las condiciones en las que estaba él no pudo instalarse allí y la tuvo que abandonar en 2008. Luego regresó de Medellín y se quedó en una vieja casa en un sector conocido como El Quemao, a 90 minutos de camino a pie desde el predio La Mayoría, que funciona como centro comunitario y está ubicado a otros 45 minutos de trayecto en bus escalera.

Las condiciones en las que vive Julio César fueron conocidas por el consultorio jurídico ‘Guillermo Peña Alzate’, de la Universidad de Antioquia.

“Después de su salida de Nariño conocimos su situación y emprendimos una tarea para reclamar sus derechos, pero no nos quedamos solo en eso. Le enseñamos a él y a los otros habitantes de La Argentina que tienen derechos y cómo reclamar para que estos se cumplan, cómo empoderarse como comunidad”, explica Jaime Agudelo, docente de derecho y coordinador del Programa de Atención a Víctimas del consultorio jurídico de la Alma Máter.

La titánica labor de hacer visible la situación de Julio César y los otros habitantes de La Argentina ante las autoridades judiciales colombianas la emprendieron los 13 practicantes de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia con sede en Sonsón, asesorados por el profesor Jaime.

Una de ellas es Cecilia Ortiz Naranjo, una joven de 29 años que cursa séptimo semestre y que tuvo que vivir en carne propia el rigor de la violencia, pues un familiar suyo fue asesinado por grupos armados en la vereda Río Arriba, cerca de donde hoy funciona la sede de la Universidad en Sonsón.

“Es una gran experiencia trabajar con las víctimas, el proceso ha sido de mucho aprendizaje tanto para ellos (los vecinos de La Argentina) como para nosotros”, relata Cecilia. Y explica que los conocimientos que un estudiante adquiere en la universidad no son suficientes, pues debe ponerlos en práctica. Precisamente, eso es lo que hacen bajo la orientación del profesor Jaime desde hace un año.



En el predio se forjó Mujeres en su tierra, una organización que ha sido beneficiada con proyectos productivos del PNUD como la piscicultura.

Antonio José Cañaveral es uno de los campesinos restituidos en la finca La Argentina, en Nariño (Antioquia).
Foto: Juan Diego Valencia Martínez

Los campesinos de La Argentina reciben capacitación del consultorio jurídico “Guillermo Peña Alzate” de la Universidad de Antioquia.



“En ese tiempo se ha logrado que la comunidad tenga herramientas jurídicas para reclamar sus derechos: ya saben a dónde ir, cuál es la ruta de asistencias, se han empoderado de sus derechos y, lo más importante, ya no les da miedo hablar”, agrega Cecilia.

Otros logros

Pero los objetivos alcanzados en un año de trabajo con los campesinos de La Argentina sobrepasan lo cualitativo.

El ‘profe’ Jaime, por medio de una Acción de Tutela elaborada y tramitada por de la Universidad en la sede de Medellín, y en la que él actuó como apoderado de Julio César, logró que la Sala Civil Familia del Tribunal Superior de Antioquia resolviera a favor del campesino que le había sido negada por el juez promiscuo de Sonsón en la que argumentaba que le estaban violando sus derechos de petición y a la vivienda digna.

Además, el caso fue presentado en la audiencia temática de la 154 Sesión de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) en Washington (Estados Unidos) el 19 de marzo de este año.

Estas acciones llevaron a que el proceso de construcción de una vivienda digna para Julio César y los otros habitantes de La Argentina se pusiera en marcha.

“La construcción inicia a más tardar en octubre, el proceso están en un trámite administrativo, de caracterización de las víctimas”, le dijo a la revista FRUTOS Olga Xiomara López, asistente técnica del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), una de las organizaciones que han seguido de cerca el proceso de Julio César y que ejecuta en La Argentina y la finca El Arrayán (donde también hay labriegos reubicados) proyectos productivos y desarrolla acciones sicosociales.

“Lo que hacemos es una intervención integral, mejoramiento de condiciones de vida. En cuanto al tema de tierras, se acabó con la titulación entre 2013 y 2014”, cuenta esta sicóloga que compone un equipo de tres expertos que visitan todos los meses la zona y que trabaja de la mano del Programa de Atención a Víctimas del consultorio jurídico coordinado por el profesor Jaime.

En el proyecto participan 13 estudiantes de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas.

**Nombre cambiado para proteger la identidad e integridad de la víctima*



La autoprotección, un escudo frente a la violencia contra los periodistas

Por: Andrés Velásquez

Comunicadores del Bajo Cauca, Urabá y el Norte de Antioquia participaron en el ciclo de formación orientado a la seguridad y al autocuidado en las labores periodísticas. En los cursos, liderados por la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia, con el apoyo de la FLIP y la Unidad Nacional de Protección, participaron cerca de 100 periodistas.

“La primera amenaza llegó un 30 de agosto de 2010, a las seis de la tarde. Un mensaje de texto decía que me iban a matar. Luego llegó otra amenaza en septiembre, otra en diciembre, después otra en marzo (2011). En junio de este año (2012) un alias “Cocobraque” confesó que él me iba a matar”. Así se lo dijo Luis Carlos Cervantes a la Fundación para la Libertad de Prensa (FLIP) en 2012. Cervantes tuvo que regresar a Tarazá, donde vivía, en julio de 2014, luego de que se le retirara el esquema de protección que lo acompañaba desde 2012 cuando viajó a Medellín para denunciar una nueva amenaza. Veinte días después, el martes 12 de agosto de 2014, el periodista fue asesinado en el barrio Eduardo Correa en Tarazá. Hasta esa fecha había recibido 30 advertencias que decían que le quitarían su vida.

El crimen de este comunicador se trató en los cursos de autoprotección para periodistas ofrecidos por instructores de la Universidad de Antioquia, la FLIP y la Unidad Nacional de Protección (UNP), en los que se brindaron herramientas para que los periodistas reco-

nozcan los riesgos de su profesión, actúen preventivamente frente a los mismos y orienten a sus colegas en este tipo de medidas.

La situación de Cervantes no es única en el país, menos en Antioquia. En 2014, la FLIP recibió 60 reportes de amenazas a periodistas en el departamento. “Todo curso de autoprotección en Colombia es importante porque a pesar del alto número de agresiones que reciben, los periodistas aún tienen como prioridad tomar medidas de autocuidado. Es una paradoja, el riesgo es latente, pero muchas veces la dinámica del trabajo del periodista no incluye lo más sencillo que es tener medidas preventivas”, explica Jonathan Bock Ruiz, asesor e investigador de la FLIP.

“Desde el año 2013, considerando que las amenazas, atentados y otros delitos contra periodistas en el departamento se hicieron más frecuentes, la Unidad Nacional de Protección me invitó a participar en el Comité de Evaluación de Riesgo y Recomendación de Medidas (Cerrem) para discutir el tema. Allí se evaluó el nivel de riesgo de cada uno de los periodistas antioqueños.



Jonathan Bock Ruiz, asesor de la FLIP (camisa a cuadros), junto a periodistas del Bajo Cauca antioqueño capacitados para su protección.
Foto: Cortesía

Estando en ese trabajo asesinaron a Luis Carlos Cervantes y hubo una amplia movilización de los gremios, que derivó, entre otras estrategias, en el diseño por parte de nuestra Facultad de un ciclo de formación en auto-protección para periodistas”, recuerda David Hernández García, Decano de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.

El riesgo en las subregiones

Bajo Cauca, Norte de Antioquia y Urabá fueron las tres subregiones donde se realizaron los cursos. Según la FLIP, en estas tres zonas se registra el mayor riesgo para los comunicadores. “Aunque muchos periodistas desarrollan sus actividades en Medellín, la mayor parte de los asesinatos selectivos y las amenazas afectan a estas subregiones. Esto tiene que ver con las condiciones propias de un oficio que recibe los efectos diarios de los hechos de ilegalidad y violencia de los grupos delictivos que se ubican en estas zonas”, agrega Bock.

Eder de Jesús Narváez Sierra, corresponsal de Teleanioquia Noticias en el Bajo Cauca, participó en uno de los cursos y valora estos espacios como una forma de recibir “bases para autorregularnos y asimismo para que no ocurran tantas amenazas”. Según el comunicador, en la subregión ocho colegas han sido intimidados por el oficio, “todos participaron y teniendo en cuenta que el Bajo Cauca ha sido una región azotada por la violencia, donde los periodistas han resultado amenazados, exijámos una valoración desde el punto de vista del conocimiento y este taller permitió conocer, entre otras cosas, cuáles son las entidades que pueden aportar para garantizar un ejercicio independiente”.

Bock resalta que “Antioquia es uno de los departamentos que en los últimos 15 o 20 años se ha mantenido como el lugar donde más agresiones se registran contra periodistas. No es igual en todos los municipios, hay unos particularmente difíciles ya que hay un alto número de presiones y tensiones, pero también un alto número de casos de autocensura, digamos que si uno puede reducir al máximo el riesgo, significa que el periodista puede entrar a contar las cosas que no ha podido contar por miedo”.

Según publica la FLIP en su página web, desde finales de la década del 70 fueron asesinados 21 periodistas en el departamento, incluido el caso de Cervantes, quien era el Director de Morena Estéreo. Antes de él murieron “Luis Eduardo Gómez en el 2011, acribillado en una céntrica calle de Arboletes mientras caminaba tomado de la mano de su esposa; y Édinson Molina, tiroteado a 50 metros de su casa, en Puerto Berrío, en la noche del 11 de septiembre de 2013”, se lee en el portal.

El Decano Hernández cuenta que el curso le apostó a tres elementos. “Conciencia: el primer responsable de la seguridad no solo del periodista sino de cualquier persona es uno mismo y por eso deben reconocerse las zonas de riesgo y las medidas de seguridad para coor-

●
143

periodistas fueron asesinados en Colombia entre 1977 y agosto de 2015.



dinar el trabajo profesional; el segundo, el conocimiento de los mecanismos que brinda el estado colombiano para reportar casos de riesgo y amenaza, muchos periodistas trabajan sin conocerlos y han expuesto su vida de forma directa sin utilizar estas medidas; y el tercero, es el reconocimiento de que los periodistas nunca terminan de formarse, es un proceso continuo”. Estos elementos se trabajaron sobre cinco ejes en los que cada entidad participante aportó su experticia: responsabilidad y ética; mapa de riesgos, identificación del contexto sociodemográfico de cada zona, criterios de autoprotección y el uso de las medidas y recursos del Estado para la protección.

Para la realización del curso, explica el Decano, se revisaron diversos manuales nacionales internacionales en los que se hacen recomendaciones para un ejercicio responsable y cuidadoso del periodismo. En los cursos se dieron pautas para el trabajo durante la reportería, la publicación y para los medios de comunicación (ver recuadro).

Continuidad

Un día después del asesinato de Cervantes, algunos de sus colegas realizaron un plantón en Medellín. Al mes siguiente lo hicieron en el Bajo Cauca. Reclamaron respeto por la vida y el ejercicio periodístico sin censura. Aun así, la autocensura sigue siendo común entre comunicadores, particularmente en las subregiones.

“Participaron periodistas en la expresión amplia del oficio, no necesariamente egresados de programas profesionales, sino personas que tenían un medio de comunicación comunitario y que consideraban que les podía ser útil. Todavía es muy poco, por eso estamos haciendo contactos nuevamente con la UNP, la FLIP y con otras entidades. Nuestra meta es hacer estos ciclos de formación una estrategia permanente en todo el departamento”, dice Hernández.

Algunos cuidados en el oficio durante la reportería son:

- Evalúe la situación de contexto en el área de trabajo. Identifique qué actores armados se encuentran en la zona y el tipo de control que ejercen.
- Verifique si hay anomalías en las comunicaciones o irregularidades en los correos electrónicos que envía o recibe.
- Identifíquese como periodista. Tenga a la mano o a la vista las credenciales que lo acreditan como tal.
- Cuando por amenaza o presión no se pueda publicar información en la prensa local, compártala con periodistas de medios de comunicaciones nacionales, de otras ciudades o internacionales.
- Evite sustentar las noticias con fuentes anónimas. Busque alternativas de información para contrastar los datos obtenidos.
- Tenga en cuenta otras posibilidades menos riesgosas para entrevistarse con grupos armados ilegales: evite la entrevista personal, puede hacerla a través de llamadas telefónicas o contacto vía e-mail.
- Consulte manuales de ética periodística y de cubrimiento periodístico.
- Reflexione después del cubrimiento sobre los riesgos innecesarios a los que se expuso y los errores que cometió. De ser necesario, recurra a un colega con más experiencia para que lo escuche.
- Evite llegar antes que las autoridades y los organismos de socorro a lugares donde ocurrió un hecho de guerra, un acto de terrorismo, incluso en zonas con problemas de orden público.
- Respete los cordones de seguridad instalados por la Fuerza Pública y no busque caminos alternos para meterse en los lugares restringidos.
- No entre en lugares donde haya alerta de bomba. Escuche las recomendaciones de la Fuerza Pública, apague el celular, espere a que se desactiven las cargas y que den la orden de entrar.
- Protéjase y póngase a salvo de agresiones físicas, evite las peleas o disputas.
- Sea solidario con los demás colegas y hágalos entender a los agresores cuál es su trabajo.
- Reaccione con tranquilidad ante los reclamos de las fuentes por el manejo de la información.

Una cantera de líderes

Por: Oscar Iván Montoya

Clubes Juveniles es un programa único en Colombia. La Universidad de Antioquia ha jugado un papel esencial en su dirección y fortalecimiento.



Un grupo de jóvenes fueron capacitados en liderazgo en la Universidad de Antioquia.
Foto: Juan Esteban Hernández

Mateo Cardona habita en La Esperanza, uno de los barrios más difíciles de Medellín, ya que se encuentra en un sector estratégico para el expendio de drogas de varios combos, y por ser sitio de paso obligado del transporte público entre Castilla y el Doce de Octubre, una de las fuentes de ingreso de los extorsionistas. Como si estos problemas fueran poco, el barrio cuenta con un pobre equipamiento urbano, existe una fuerte deserción escolar, posee pocas fuentes de empleo, y se vive en una permanente zozobra generada por las llamadas “fronteras invisibles”.

Sin embargo, ninguno de estos obstáculos amenaza a Mateo. Él es un guerrero y un líder nato. De sus padres, dirigentes comunales de vieja data, aprendió el valor de la resistencia y la organización, y hoy, a sus dieciocho años, está terminando su bachillerato y es fundador y cabeza visible de Alianza Callejera, un grupo juvenil que le ha brindado a muchos jóvenes la oportunidad de escapar de la claustrofóbica cotidianidad de sus suburbios. Su principal objetivo es sacar a los muchachos del caldo de cultivo que genera la falta de oportunidades: “Los jóvenes debemos sacudirnos el karma de que somos una amenaza para la sociedad, tenemos que aprender a gestionar recursos, a pelear por los espacios, a participar del engranaje social sin ser necesariamente parte de lo institucional”.



Como Alianza Callejera, son cientos de grupos que trabajan en las 16 comunas y en los cinco corregimientos de Medellín. El programa Clubes Juveniles es financiado por la Secretaría de la Juventud de la Alcaldía de Medellín, y es ejecutado por la Universidad de Antioquia por medio del departamento de Extensión de Sociología. Son casi 4.000 muchachos que se reúnen en 199 grupos artísticos; 87 deportivos; 44 sociales; 37 religiosos; 22 audiovisuales; 11 ambientales, y siete comunitarios, para un total de 386. En 2014, 175 de estos grupos recibieron 1.500.000 pesos para la ejecución de sus proyectos.

Carlos Andrés Salazar, coordinador general del programa, a quien profesores y jóvenes conocen como el “Gordo”, destaca la labor que ha desarrollado la Alcaldía de Medellín, sobre todo, por el respeto a los lineamientos que se han trazado desde la Universidad de Antioquia, a sabiendas de que la institución posee un marcado compromiso social: “Uno de los grandes logros del programa Clubes Juveniles, aparte de las capacitaciones, talleres y programaciones culturales, es que todas estas actividades tienen un trasfondo de resistencia, de movilización y, si es del caso, de disidencia”.

Encerrados en las mallas

La Universidad de Antioquia se vinculó a Clubes Juveniles desde el año 2013 como ejecutor de recursos y direccionador de actividades. Su ingreso marcó un punto de quiebre en su concepción, en su metodología, en la misma actitud de los jóvenes hacia el programa. Hasta entonces, el diseño se había centrado en una especie de zonificación que perpetuaba el viejo modelo de fragmentación urbana, sin ningún tipo de intercambio, integración o retroalimentación. El nuevo derrotero se cristalizó en los acompañamientos *in situ*, con el arribo de los profesionales y estudiantes en formación a los barrios en donde tienen asiento las sedes de los grupos, ejercicio que logró darle un vuelco a la estática metodología, y convirtió a los clubes juveniles en una caldera de propuestas y proyectos.

Pero no solo para los integrantes de los clubes juveniles fue beneficiosa esta nueva manera de proceder. Los estudiantes en formación, los talleristas y los profesionales, encontraron en las actividades de los clubes juveniles un campo de aprendizaje hasta entonces inédito, alejado por completo de las abstracciones y del conocimiento libresco, tan necesario en los escenarios académicos, pero que se constituye en un escollo a la hora de afrontar las problemáticas del día a día, las necesidades del hombre de la calle, las perplejidades de los jóvenes.

Sobre este aspecto, Juan Esteban Franco, antiguo estudiante y en la actualidad uno de los promotores, opina que “el programa Clubes Juveniles fue una oportunidad sin igual para romper ese aislamiento secular que ha existido entre la universidad y la sociedad. Un problema muy grande de los estudiantes y de los recién egresados es que no conocen las dinámicas de los suburbios, y por eso, cuando salen de la universidad se dan de bruces contra el mundo”.

Otro de los grandes éxitos de la Universidad de Antioquia ha sido la creación de la Escuela de Liderazgo, componente que antes no existía, y que consiguió en poco tiempo formar una sólida camada de líderes juveniles, el año pasado certificaron 230; además, que por su propia dinámica, permitió que muchachos de diferente procedencia territorial y de diversos grupos se conocieran e interactuaran en un mismo sitio.

Parte de las soluciones

Pese a que aún debe afrontar retos como agilizar los procesos, operar con recursos escasos y despertar el interés de jóvenes de algunos sectores de la ciudad, Clubes Juveniles se ha convertido en uno de los programas más exitosos de la Secretaría de Juventud, a tal punto que quieren replicarlo en otras ciudades.

Pero más allá de los logros cuantitativos y cualitativos, hay que destacar otras aristas menos tangibles, como la ampliación de las fronteras mentales de los jóvenes, como lo destaca Sebastián Pérez, antiguo integrante del grupo de su corregimiento en San Antonio de Prado y hoy uno de los talleristas del programa: “La Universidad de Antioquia logró imprimirle a Clubes Juveniles un carácter de ciudad, porque antes funcionaba por comunas o por barrios, donde todo era muy fragmentado y aislado, muy territorial, lo que terminaba por reforzar la mentalidad de fronteras y divisiones”.

Para romper con esta nefasta concepción, el programa Clubes Juveniles echó mano no solo del conocimiento impartido en las aulas de clase, sino del duro aprendizaje que se obtiene en las calles y en la vida misma. A estos componentes le agregó una visión uni-

versal del ser humano y un elemento que ha sido clave para fortalecer su espíritu: el arte. La danza, la música, el graffiti callejero, el teatro, el cine, son para profesores y alumnos, una herramienta mucho más poderosa que el discurso político o la disertación científica. Así lo percibe Angélica Romero, integrante del grupo Jokak, que tiene su centro de actividades en el barrio Santander: “El arte permite exorcizar el alma, expresar tus sentimientos más auténticos, te permite adquirir conciencia sobre lo que estás haciendo y así poder ayudar a tus semejantes. El arte es una de las mejores alternativas para transformar mentes y proceder”.

Así como Angélica Romero y Mateo Cardona, existen miles de jóvenes en Medellín que se enfrentan con problemáticas de toda índole, pero ya no se sienten solos. Saben que existen dentro de la institucionalidad canales que pueden aprovechar para sacar adelante sus proyectos de vida y, lo más importante, para concebirse como actores sociales con derechos y deberes, que ya no son solamente parte del problema, sino que en la mayoría de los casos, son los agentes fundamentales de las soluciones y de transformaciones.



En 2014, 230 jóvenes fueron certificados por la Escuela de liderazgo de la Universidad de Antioquia.
Foto: Juan Esteban Hernández



Tras las huellas que la memoria deja en las laderas

Por: Juan Diego Valencia Martínez

Seis barrios periféricos de tres comunas de Medellín tienen una cita con su historia. Profesores, estudiantes y egresados de la UdeA desarrollan el proyecto Tejiendo hilos de la memoria, para rescatar del olvido los relatos que cuentan cómo fue el génesis de estos lugares e impulsar su participación.

Adon Javier de Jesús Madrid Rave se le suelta una carcajada antes de contar que una ocasión, por allá a mediados de los años 80, le pegó a Dios. Y no lo hizo una sola vez y tampoco en secreto.

Le dio varios golpes con un látigo delante de los fieles que asistían a la conmemoración de la Semana Santa que protagonizaban algunos de los no más de cien vecinos que en ese entonces tenía El Picachito, un barrio que está a los pies de un Cristo que vigila a Medellín desde lo más alto de El Picacho; esa montaña que se eleva en el noroccidente de la ciudad.

Lo recuerda como una anécdota inolvidable y lo narra a otros abuelos fundadores de El Picachito, a habitantes del sector, a estudiantes y a egresados de la Universidad de Antioquia, quienes participan de los Encuentros de construcción cuadernos de la memoria.

Estas jornadas, realizadas cada 15 días en la sede de la Junta de Acción Comunal (JAC) del barrio, hacen parte del proyecto *Tejiendo hilos de la memoria: historia local de Medellín desde los pobladores de la periferia comunas 3, 6 y 8, periodo 1974-2014*, que es desarrollado y liderado por la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, en compañía del Instituto de Estudios Políticos y la Facultad de Educación de la Alma Máter, y el Museo Casa de la Memoria.

“Cada año hacía un papel diferente. Ese hice de un romano que vigilaba a Cristo y después, en la calle, me encontré con un niño que le dijo al papá: este señor le pegó a Dios”, recuerda don Javier y se ríe.

De inmediato cierra los ojos, funde los dedos de sus manos para que sean una y se despacha a relatar la manera en la que en 1981 él mismo hizo su casa, en la que hoy, 34 años después, vive con su esposa y su único hijo.

Y así como don Javier, quien es el vicepresidente de la JAC, cuenta cómo edificó su propio techo en lo que en ese momento era una finca y luego pasó a ser un barrio de invasión, lo hacen don José Joaquín Holguín Avendaño, un santafecino de 81 años y 27 hijos vivos, y su vecina doña María del Rosario Torres González.

El baúl de los recuerdos

Sin embargo, la labor de rescatar del paso del tiempo los recuerdos del génesis de El Picachito no es cosa sencilla.

Para que doña María del Rosario le revele al mundo que la casa a la que llegó en 1975 a vivir con su esposo Jesús Iván González –de quien se separó hace 12 años– estaba en medio del monte, que por ella pagaron 8000 pesos (¡Sí, ocho mil!) y que su vecina más cercana era una señora de nombre Esther, fue necesario que Claudia Cadavid y Yecy Posada, dos estudiantes de Sociología de la Universidad de Antioquia, la buscaran entre los más de 4 mil habitantes del barrio (según cifras del Plan Estratégico Comuna 6 2006- 2015, de la Alcaldía de Medellín) y la invitaran a participar del proyecto.

La Comuna 6 es la más poblada de Medellín: tiene

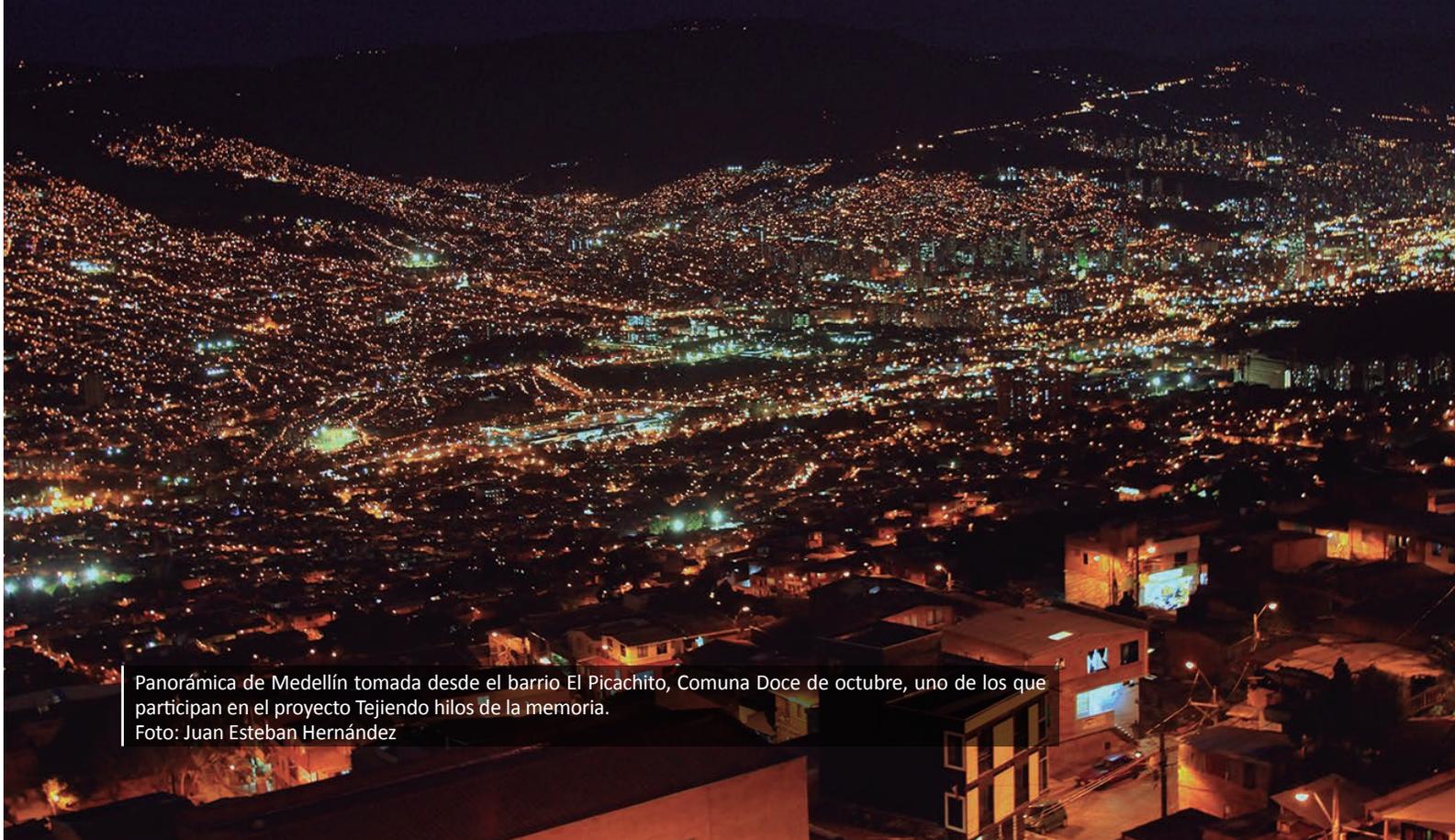
191 mil

habitantes, según la Alcaldía.

Así, las estudiantes ubicaron en las calles de la comuna más poblada de Medellín a otros 19 fundadores. Y tal fue su empeño, que doña María del Rosario comenzó a escribir, a rescatar fotografías de sancochadas de antaño y decidió invitar a los encuentros a Vanesa González Chavarría, una de sus nietas.

“Es un proyecto súper interesante, se necesita activar la memoria de los barrios para que los jóvenes se interesen más, que lideren proyectos para promover la cultura”, afirma Vanesa, una estudiante de Ciencias Políticas de un centro de educación superior de Medellín.

Panorámica de Medellín tomada desde el barrio El Picachito, Comuna Doce de octubre, uno de los que participan en el proyecto Tejiendo hilos de la memoria.
Foto: Juan Esteban Hernández





Que personas de la misma edad que ella puedan conocer cómo nació su barrio y cómo se desarrollaron procesos comunitarios como la construcción de una escuela o una iglesia –experiencias que escucha directamente de su abuela- es una de las pretensiones de *Tejiendo hilos de la memoria*.

“Nosotros pretendemos que la memoria no se quede en los fundadores, sino que otras generaciones conozcan el barrio y se apropien de las diferentes luchas que han tenido”, explica Yecy, estudiante de séptimo semestre de Sociología de la UdeA.

Para lograrlo, el proyecto se propuso en El Picachito y El Triunfo, en la Comuna Doce de octubre; Esfuerzos de Paz I y II, en la Comuna Villa Hermosa; y Carabolas y Versalles, en las Comunas Santo Domingo y Manrique, la creación de un archivo histórico digital comunitario que salvaguarde la memoria histórica escrita, visual y audiovisual.

Según la coordinadora de *Tejiendo hilos de la memoria*, la socióloga y docente Andrea Lisset Pérez, éste se está ejecutando en esas zonas de Medellín porque se encuentran en zona de influencia del proyecto Cinturón Verde Metropolitano - Jardín Circunvalar, y por ser los barrios más altos de esas Comunas donde estudiantes y egresados de la UdeA ya habían adelantado investigaciones relacionadas.

También, divulgar la memoria por medio de un video documental (para esto se cuenta con el aporte de tres colectivos: Alucinógenos, en la comuna 8; Cinencaños, en la 6; y Raíces, en la comuna 3), realizar una galería itinerante, con fotos de la comunidad en las que se perciba cómo se hicieron las calles y se recuerden hechos importantes y una cartilla didáctica que divulgue la memoria de los barrios.

Además, el desarrollo de microcurrículos, que con ayuda de la Secretaría de Educación, intentan construir en las escuelas una línea que ayude a recuperar la memoria de la comunidad.

¿De dónde nació la idea?

Tejiendo hilos de la memoria, como se le conoce al proyecto, es la continuación de uno que se realizó en la Comuna Caicedo hace cuatro años.

Esto fue aprovechado, según la coordinadora del proyecto, para participar en la Convocatoria de Convergencia Académica y Social del Banco Universitario de Programas y Proyectos de Extensión (BUPPE) en 2014. Se ganó en diciembre pasado, se comenzó a ejecutar en febrero de 2015 y se desarrollará hasta febrero de 2016.

Vecinos de El Picachito se disfrazaban durante la representación de la Semana Santa a principio de la década de los 80.
Foto: Cortesía





María del Rosario Torres y su nieta Vanesa González, habitantes del barrio El Picachito y participantes del proyecto *Tejiendo hilos de la memoria*.
Foto: Juan Esteban Hernández

Según la Alcaldía de Medellín, en 1994 El Picachito tenía 140 habitantes. Hoy tiene más de 4 mil.

“Es un proyecto interesante porque articula a la Universidad y a la sociedad. Trabajamos con 16 organizaciones sociales y comunitarias de las comunas 3, 6 y 8. Al frente del proyecto están 10 profesores, tienen el aval, apoyo y soporte de seis grupos de investigación de áreas como trabajo social, sicología y estudios políticos”, explica la ‘profe’ Andrea.

Y agrega que *Tejiendo hilos de la memoria* apuesta al proceso formativo y pedagógico de estudiantes de la Universidad, particularmente de las facultades de Ciencias Sociales y la de Educación, quienes ejecutan una labor que les sirve como trabajo de grado.

Finalmente, tanto Yeccy, Claudia como la ‘profe’ Andrea coinciden en que el proyecto, además, pretende activar y potencializar procesos comunitarios partici-

pativos: “que la memoria sea un recurso que sirva de autocuidado y protección frente a la vulnerabilidad de proyectos externos, desigualdades, etc”.

Lo que coincide con lo manifestado por la Directora de la Línea Estratégica de Producción y Activación de Memorias Situadas del Museo Casa de la Memoria de Medellín, Claudia Velásquez.

“Consideramos que es una iniciativa encaminada a fortalecer esos tejidos y lazos sociales por medio de la memoria. Corresponde a las comunidades reconocerse, ver cómo han aportado en la construcción de sociedad y visibilizar la problemáticas, que se generen acciones para mejorar la vida de la personas. Es un ejercicio ciudadano muy importante que hace la Universidad, acercándose a las comunidades”.



Un universo imperceptible

Contribuir con la promoción de la salud y la prevención de la enfermedad en los escolares de tercero y cuarto de primaria de un colegio rural en Rionegro, es el propósito de cuatro estudiantes de la Escuela de Microbiología de la Universidad de Antioquia. 140 niños han sido beneficiados.

No tienen ni patas ni ojos. Tampoco boca y orejas. Encuentras entre verdes, azules, amarillos y violetas. Son invisibles al ojo humano pero siempre están alerta. Ellos están de fiesta en el lápiz, el jardín, el baño y las canecas. Son los microorganismos: virus, parásitos, hongos y bacterias.

El sistema inmune de los niños y niñas no es tan eficiente para defenderse de estos diminutos seres como lo es el de un adulto. Por esto, ellos son los más susceptibles a contraer enfermedades relacionadas con el consumo de agua no potable, el saneamiento y los malos hábitos de higiene.

Por: Jeny Montoya



Estudiantes de Microbiología y Bioanálisis de la Universidad de Antioquia les enseñan a niños de la Institución Educativa Baltazar Salazar, en Rionegro, sobre el mundo de los microbios y hábitos en higiene.

Foto: Cortesía

La Organización Mundial de la Salud estima que aproximadamente 5 millones de niños entre los 0 y 14 años mueren anualmente por infecciones adquiridas en los ambientes en donde pasan la mayor parte del tiempo. Su vivienda y la escuela, por ejemplo.

Esta última, la Institución Educativa Baltazar Salazar, se encuentra en la zona rural del municipio de Rionegro y tiene sedes en las veredas Pontezuela y El Capiro, ubicadas cerca de la Universidad de Antioquia Seccional Oriente.

Del balcón del segundo piso del colegio cuelgan unas cuantas canastas con diferentes matas de flores lilas y rosas. Una amplia zona verde contrasta con el azul de los uniformes de los estudiantes que disfrutan del sol mientras retoman las clases. Sus aulas tienen el piso de ajedrez, pero con cuadros rojos y amarillos, en vez de blancos y negros.

Todo parece estar bien, pero la curiosidad por explorar el ambiente y la constante convivencia con otros niños, con quienes comparten desde los alimentos, el agua y el aire, hasta implementos de aseo u otros utensilios, puede favorecer la transmisión de microorganismos.

Es por esta razón que Nancy, Carolina, Danna y Dany, cuatro estudiantes de Microbiología y Bioanálisis de la Universidad de Antioquia, realizan en esta institución el proyecto “Obvio Microbio”, para fomentar el aprendizaje sobre estos seres e incentivar en los escolares de tercero y cuarto grado buenos hábitos de higiene orientados al autocuidado.

Haciendo visible lo invisible

“¡Ahí vienen los de Obvio Microbio!”, se escucha decir a un chiquillo. Él y todos sus compañeros se ponen felices y ansiosos por saber qué actividades van a desarrollar este día. “Lo mejor de este proyecto es que podemos trabajar en grupos, jugar y aprender mucho”, expresa la niña Laura Sofía Soto, de tercero de primaria.

Lo primero que hay que hacer para contribuir con el mejoramiento de las condiciones de salud en la población infantil es enseñar qué son los microorganismos, cuál es su forma, cómo se clasifican y cuáles son los efectos que provocan en su salud y la de sus familias.

Y como muchos de los virus, hongos, bacterias y parásitos tienen nombres difíciles de pronunciar y de recordar, los proponentes del proyecto crearon una estrategia de personificación para garantizar que el proceso de aprendizaje se realizara de manera eficiente.

“Como es más fácil explicar algo con una imagen, lo que hicimos fue ilustrar qué es lo que hacen y qué producen los diferentes microbios sobre el cuerpo humano. Por ejemplo, *Salmonella* es una bacteria que causa la diarrea y está personificada como un cilindro que tiene un taladro y perfora el intestino”, dice el estudiante de noveno semestre, Dany Alexander Cardona.

Con juegos tradicionales como los rompecabezas, el ahorcadito, salidas de campo, sopas de letras, entre otras actividades lúdicas que incluyen la temática, logran captar la atención de los pequeños y transmitirles el conocimiento. De hecho, Andrés Felipe Sánchez, uno de los niños favorecidos con el proyecto y que cursa tercero de primaria, cuenta: “lo que más me gusta es cuando nos dan las hojas para pintar y cuando yo participo”.

El promover el conocimiento a partir del contacto con las propias experiencias, permitió producir una movilización tanto al interior de la institución, tras la transformación de los estudiantes intervenidos en multiplicadores, como en los docentes y en los padres o acudientes, respecto a la apropiación y práctica de hábitos de higiene.

Después de varias visitas y talleres que realizaron los proponentes, la gran mayoría de los niños conocían y distinguían las formas, colores, tamaños y funciones de los microorganismos. Había llegado el momento de conocer a estos seres imperceptibles en vivo y en directo: Por fin irían al laboratorio de la Universidad de Antioquia, Seccional Oriente.

Sería una actividad pedagógica en la que ellos aprenderían haciendo. “La idea es acercarlos al mundo de la ciencia, no sólo desde lo teórico sino también desde lo práctico, ya que ahí les mostramos cómo se ven los microbios, de los que en clases anteriores les habíamos hablado”, manifiesta otra de las proponentes del proyecto, Danna Espinosa.

El bus encendió sus motores. Los pequeños estaban en sus respectivas sillas. Nunca habían ido a la Universidad y estaban entre nerviosos e inquietos. Llegaron. Entre risas, ingresaron al lugar en el que les mostrarían un mundo desconocido para ellos.

Los niños y las niñas se sentían como los científicos de sus caricaturas favoritas en medio de probetas, tubos de ensayo, pinzas, cajas de petri y microscopios. Tenían batas blancas y guantes. Se turnaban para observar por los lentes del microscopio y para preguntar qué era eso que se movía y que se parecía a un árbol.



Estudiantes que participan en el proyecto 'Obvio Microbio' aprenden a asear sus dientes.
Foto: Cortesía

“Ellos se impresionaron mucho al ver esas cosas que no conocían. Asociaron eso nuevo que estaban viendo con formas y elementos cotidianos. Se sorprendieron con cada hongo y bacteria. Estuvieron muy agradecidos y querían que volviéramos”, afirma la proponente Carolina Ossa.

En este escenario, también aprendieron que hay microorganismos comensales y patógenos; los primeros son “los que nos ayudan en el cuerpo, nos protegen y nos salvan de las infecciones”, recuerda un niño de cuarto grado. Y los segundos, “son los que nos hacen daño”, agrega.

Buenas prácticas de higiene

Se ven correteando por todo el colegio. Gritan, juegan y hablan entre ellos. Un paquete de papitas de limón por allí, unas galletas por allá y un confite por acá. La población estudiantil está en recreo y el consumo de comida con alto contenido de azúcar pone en riesgo su salud dental.

“Las caries son causadas por una bacteria que causan agujeros en los dientes. Es como un minerito morado que hace túneles y túneles en la dentadura si no nos cepillamos y alimentamos bien”, les explica Dany Cardona. Luego, le entregan a cada uno un kit oral con cepillo, hilo y pasta dental, donado por la Secretaría de Salud del municipio de Rionegro.

Lo ideal es lavarse los dientes después de cada comida, pero luego del descanso muy pocos niños lo hacen y es allí donde se genera la placa dental que da origen a la

caries. Tatiana Díaz Monsalve, de cuarto grado, recuerda que, “nos enseñaron que tenemos que cepillarnos mínimo tres veces al día y pasarnos la seda dental”.

Con un modelo dental, los cuatro proponentes hicieron la demostración de cómo por medio de un buen cepillado y la limpieza con la seda, se podían eliminar los alimentos que quedaban atrapados entre los dientes. De arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba. Adelante y atrás y en forma circular. Y para terminar, con abundante agua se deben enjuagar.

Y es que la unión entre la práctica y la teoría es trascendental para fortalecer la construcción del saber. “Lo que queremos es que conozcan la razón por la que se deben tener buenos hábitos de higiene. Que se vuelva más consciente todo este asunto de los microorganismos”, asevera Nancy Gómez.

Ahora el protagonista es un títere. Con él van a simular un estornudo gigante. A la una, a las dos y a las tres, ¡Aaaaaaaaachú! ¿Cuántas personas infectaron? Todo depende de la forma como se tapan: “aprendí que cuando vamos a estornudar, debemos usar el ángulo interno del codo y si usamos las manos o un pañuelo, de inmediato debemos lavarnos las manos”, expresa el travieso Alejandro Castro.

Por hoy, se van los de “Obvio Microbio” pero no sin antes darles un regalo: un gel desinfectante y una medalla de colores que los acredita como agentes de cambio y multiplicadores del conocimiento adquirido. Los niños y niñas se despiden deseando el pronto regreso de Nancy, Danna, Carolina y Dany.

Literatura: embrujo de niños en Yarumal

Por: Eliana Castro

¿Cómo acercar, seducir y enamorar a los niños de la lectura? Durante un año, entre juegos, cuentos y conversaciones, niños, padres y profesores de dos escuelas de Yarumal se acercaron al mundo de la lectura en compañía de un grupo de profesionales de la Sede Norte de la Universidad de Antioquia.

La sede de la escuela Villa Fátima está ubicada al lado de una de las tantas pendientes de Yarumal, a cinco cuerdas del parque principal. — Cuando yo llegué al colegio había un olor terrible, denso, muy maluco — comenta Sandra Arroyave—. Les pregunté a los niños, y no se me olvida la respuesta: “La profe si es boba, eso es marihuana”.

Dice Sandra que Fátima no es un barrio fácil, se habla de plazas de vicio, prostitución, familias enteras en malos pasos. A lado y lado de la pendiente, mujeres de sonrisa amplia (y mirada vigilante) saludan con gratitud a la que hasta febrero fue maestra de sus hijos. Venimos buscando a sus estudiantes, los del grado quinto, chicos con problemas de aprendizaje, inquietos y distraídos. Ahí está Ángela, doce años, con sus pestañas pintadas y una blusa negra, de un solo hombro, muy elegante. Quiere ser cantante.

—¿Por qué te gusta leer, Ángela? —le pregunta la profesora.

—En los cuentos parece que no pasa nada, de pronto alguien mira a otra persona y empiezan a pasar las cosas. Al final se enamoran y los sueños se cumplen — sonrío la futura artista.

A cazar historias

Desde pequeña la lectura fue algo natural para Lina María Pino, egresada de la Tecnología en Archivística de la Sede Norte de la Universidad de Antioquia. Leer era la imagen de su padre con el periódico, a las cinco de la tarde, en la última habitación de la casa; era un hábito, un gusto, un descanso. Durante dos años, Lina fue la coordinadora de la Biblioteca Universitaria.

Ella, Mauricio Alejandro Orrego —coordinador de Extensión de la Sede Universitaria—, y dos auxiliares administrativos emprendieron un proyecto de animación a la lectura en las escuelas de Villa Fátima y Mina Vieja, una vereda a quince minutos del pueblo. Por un año, a través de elementos pedagógicos y material bibliográfico, crearon historias con estudiantes de cuarto grado y quinto grado, unos cincuenta niños (35 en la zona urbana, y 15 en la rural).

Lina: La lectura no es solamente decodificación de signos, es interpretación de olores, sabores y texturas. La idea era promover otras formas de lectura, no esa de que hay que sentarse con un libro, media hora, hacer análisis, sacar personajes y enseñanzas; la lectura es un ejercicio cotidiano, un ejercicio que se vive.



Sandra (profesora): Las actividades los motivaban mucho a crear, a intentar; los volcaban al mundo de la imaginación, a través de cuentos muy diferentes a los de siempre.

Por eso esta tarde de viernes están Ángela y Valentina —que se acaba de acercar a darle un beso en la mejilla a su profesora— recordando sus talleres favoritos: la mañana que salieron a cazar animales y les inventaron un nombre y un mundo propio. Ángela cazó una araña y como era regordeta le puso Pepota, Valentina hizo lo propio con Sofía, una mariquita. “Les planteábamos inquietudes sobre los animales: cuántas antenas tenían, para qué les servían, qué comían y qué les gustaba hacer; esa curiosidad para construir historias”, cuenta Lina.

En otro taller probaron muchas frutas con los ojos vendados y adivinaron cuál era cada una; leyeron un cuento, “Rey y rey”, de las escritoras holandesas Linda De Haan y Stern Nijland, y aprendieron que también es posible que dos reyes se enamoren. Ángela quiere leer y escribir mucho para componer sus canciones; Valentina prefiere dibujar. Otro día cruzaron las vidas de dos animales y así nacieron el burrielefante y el caballopájaro y al final de cada sesión podían elegir un libro para llevar a casa. Fueron, en total, 16 jornadas. En uno de los últimos talleres recibieron la visita de un cuentero y supieron que de contar historias se puede vivir.

Ángela: Un día nos pusieron una música y teníamos que ir escribiendo lo que nos imaginábamos que estaba pasando. Yo escribí la historia de un hombre al que estaban persiguiendo y lo iban a matar, cuando lo alcanzaron él suplicó que no lo hicieran, les preguntó qué sentirían ellos si les asesinara la familia... y no le quitaron la vida.

Mauricio: Cuando tuvieron que adoptar un animalito, vimos que los niños reflejaban las situaciones de sus hogares, les ponían la historia que ellos querían vivir.

¿Por qué estudiantes de cuarto y quinto? Dos motivos: Lina recuerda que en esa época se gestaron sus más grandes gustos. Dice Mauricio, además, que es una edad muy importante para evitar la deserción escolar. Para Henry Velásquez, estudiante de psicología, fue emocionante regresar como tallerista a la escuela en la que estudió: “Fue una máquina de tiempo, yo era ese niño que estaba ahí sentado, con muchas ganas de aprender y de ver otras oportunidades en un ambiente duro; ese niño que no podía alcanzar un libro «porque no era lo suficientemente inteligente»”.

En Mina Vieja, los profes y las mamás

La primera escuela que está a la derecha, en la vía al mar, desde Yarumal, es el Centro Educativo Mina Vieja. Esta merece capítulo aparte por ser el lugar que es, un asentamiento de familias víctimas de la violencia, muy pobres, que llegaron allí en búsqueda de las Minas



En las escuelas Villa Fátima y Mina Vieja, de Yarumal, la Universidad de Antioquia desarrolla un proyecto que busca que los estudiantes se enamoren de la lectura.
Foto: Cortesía



de Berlín, por la vía de Ochalí; una vereda de ranchos donde los niños trabajan en talleres mecánicos o se levantan de madrugada a ordeñar vacas o a recoger café.

Mauricio: Cuando uno habla de niños supone alegría, espontaneidad, pero en el área rural los niños tienen el rostro duro, están cansados, y el colegio es una válvula de escape. En Mina Vieja encontramos que había donaciones muy buenas, cuentos muy buenos que estaban guardados en un cuarto. No dejaban a los niños tocar los libros, y tampoco los trabajaban con ellos porque se ensuciaban o los rompían...

Lina: Dedicamos varias sesiones a mostrarles la biblioteca a los niños: "hágase donde quiera, coja el libro que quiera y léalo", les decíamos. O mírelo, tóquelo. A unos les gustaban unas temáticas particulares, "hágale, yo no le voy a poner problema porque coja ese", les decía, porque los niños más mayorcitos estaban interesados por los libros que son de introducción a la sexualidad y los profes no se los dejaban coger. Lo que nos propusimos fue rescatar ese material, abrir el espacio y eso hizo que ellos pasaran de ver un libro una vez al año, a hacerlo todas las semanas.

Mauricio: Con eso aprendimos que no solo hay que buscar donaciones, a los niños hay que darles libros, responsabilidades, confianza y explicaciones.

La historia de Emma

Emma Lucía Barrera es el alma de la ludoteca de Yarumal. Después de participar en el seminario, le pareció que también había que estimular la tradición oral y generar un diálogo entre generaciones en torno a ella. De la misma manera que su abuela les prometía a ella y a sus hermanos que si se portaban bien saldrían a la calle y les contaría sus historias de luna llena, Emma invitó a un grupo de abuelos a participar de la ludoteca: "Un martes cada veinte días ellos vienen a dictarme la hora del cuento, se disfrazan y protagonizan historias de espantos, brujas y niños que no se portan bien. Se trata de rescatar nuestra memoria".

Es que un libro no es un objeto estático, inalcanzable, para eruditos o gente muy aburrida; un libro puede ser un amigo, un hermano, al que se le cuentan secretos, sueños y hasta pesadillas. Por ende, articulados con Comfenalco y apoyados por la Cooperativa de Yarumal, una vez al mes, durante seis horas, profesores, padres de familia y algunos bibliotecarios del pueblo asistieron a un seminario de formación que les dio herramientas para construir y mejorar, entre todos, hábitos de lectura en la escuela y en el hogar.

Paula Andrea Flórez (profesora): Como profesores aprendimos a conocer otros aspectos de los chicos, a valorar las ilustraciones que hacían en los talleres. El 80% de las mamás de la escuela se animaron a terminar la primaria o el bachillerato, a partir de este trabajo. La escuela empezó a implementar el préstamo de libros, por ejemplo, y hasta las mamás ya dicen: "profe, ¿me presta el libro?", porque han visto a los niños llevar uno a la casa.

Emma Lucía Barrera (ludotecaria): Cuando a los niños les iba mal en la escuela, en lectura, las mamás los castigaban. Con esas herramientas aprendieron otras formas de enfrentar esos problemas, a sentarse con ellos y disfrutar los cuentos.



¿Peligro de muerte en playa Barajas?

Por: Andrés Velásquez

Según cifras oficiales, en este lugar se han ahogado 15 personas desde 2004. El hecho motivó a tres estudiantes y a un profesor de la sede Ciencias del Mar de la Universidad de Antioquia, en Turbo, a buscar estrategias para evitar más accidentes.

Una valla roja y blanca atrae la mirada: “Atención. Playa clausurada, prohibido realizar actividades dentro del mar. Extremo peligro, no exponga su vida”, se lee en el anuncio. Al fondo, no muy lejos del mar, algunos niños juegan en la arena y varios adultos practican fútbol.

Es un punto de encuentro. La playa Barajas es la única en la zona urbana de Turbo (Antioquia) y parece un imán que atrae a lugareños y turistas. Además, es la más cercana, “entonces la gente, al observarla por primera vez, la ve tentadora. En su extensión tiene más arena y a las personas se les facilita por el transporte.

Las demás están más retiradas y tienen los espolones, que son obra duras, y las hacen menos atractivas; pero esta ha sido poco intervenida, casi todas las otras playas lo están siendo a nivel estructural”, cuenta Ulises Orozco Villegas, quien lidera la *Propuesta para reducir el riesgo de ahogamientos que se producen por la dinámica de la playa Barajas, municipio de Turbo* o simplemente *Proyecto Barajas*.

La víctima más reciente en la memoria de los turbeños era un joven estudiante del SENA, que disfrutaba de este espacio en Turbo. “El muchacho tenía unos 24



Panorámica de Playa Barajas, en el municipio de Turbo.
Foto: Cortesía Fernando Abuchar



Las autoridades locales instalaron una valla para prevenir del peligro a los turistas de Playa Barajas. Estudiantes de la Universidad de Antioquia analizan las causas del riesgo.
Foto: Cortesía

años, estaba compartiendo con sus compañeros, estaban jugando fútbol. Dicen que acalorado se metió a la playa, (ellos) se descuidaron y de un momento a otro desapareció”, relata el estudiante de Oceanografía, una carrera que se ocupa del estudio científico del océano, su comportamiento y la importancia con la actividad humana y los recursos naturales. El accidente ocurrió en diciembre de 2014.

Lo que se dice en el municipio no son más que rumores, al igual que ocurrió con otros ahogamientos, como el de la mujer de 27 años y tres niños que se presentaron empezando diciembre de 2013 o el de los hermanos Alejandro y Jonatan Úsuga Zapata que desaparecieron en el agua por una ola que se los llevó, según le dijeron lugareños al periódico *El Colombiano* en enero de 2012. Todos los casos ocurrieron en playa Barajas.

Y el misterio que encierran esas tragedias es en el que se centran los estudiantes Orozco, Lorenzo Portillo Cogollo y Jáder Osorio Tabares, quienes junto al profesor Alfredo Jaramillo Vélez, coordinador del pregrado en Ingeniería Oceanográfica, comenzaron a trabajar en la identificación del fenómeno que ocasiona los ahogamientos y el desarrollo de estrategias efectivas para que residentes y turistas no corran riesgos cuando estén disfrutando de esta playa.

Actualmente estas dos carreras suman 145 estudiantes (80 en Oceanografía y 45 en Ingeniería Oceanográfica), cada una con cuatro cohortes. Orozco es del primero y espera pronto alcanzar su título.

“La misteriosa corriente”

El proyecto comenzó en marzo pasado. El interés surgió por la cantidad de ahogados que se presentan en este sector de Turbo, una localidad con cerca de 160 mil habitantes, ubicado al noroccidente de Antioquia y que desde hace algún tiempo ha tenido en el turismo un importante ingreso para su economía. Orozco es turbeño, tiene 24 años, y considera que es necesario aclarar a qué se debe la “misteriosa corriente que se lleva a los bañistas” y qué ha generado los ahogamientos de los últimos años.

“Desde nuestro conocimiento teórico y práctico vimos esta problemática y se trata de hacer un estudio oceanográfico para saber qué sucede allí, porque hay muchos mitos respecto a los ahogamientos. Lo que se busca desde la Universidad es dar un soporte técnico de por qué se presentan y cuáles serían las medidas a tomar, qué recomendaciones se les podría dar a los entes gubernamentales para que actúen”, explica.

La cifra de las personas que se han ahogado en los últimos tres años no es certera, pues, según el estudiante, en la localidad no hay precisión con esta información. El 3 de diciembre de 2013, Caracol Radio informó del rescate del cuerpo de una niña de 12 años. Fue la cuarta víctima de una corriente que se llevó a una mujer de 27 años y otras dos menores de edad mientras disfrutaban de la playa. El cuerpo de bomberos de la localidad le dijo a la cadena radial en ese entonces, “este año (2013) son seis las personas muertas en las



playas de Turbo, cuatro miembros de una misma familia, un buzo y otro niño que intentó cruzar el canal de las playas de Barajas”.

Entre los datos recogidos por los investigadores, se da cuenta de 15 ahogados desde el 2004 según las cifras que la Capitanía de Puerto les facilitó a los estudiantes.

Como turbeño, Portillo resalta que la labor que realizan es una manera de quitarle el estigma que puede darse en la playa urbana “porque no muestra tantos niveles de peligro, lo que queremos es demostrarle a la gente qué es lo que sucede allí y cómo podemos ayudar a disminuir esa estigmatización que se tiene”, dice.

El proyecto se encuentra en una primera fase. Los estudiantes adelantan mediciones, cálculos y un primer acercamiento con la comunidad a través de encuestas que apenas se empiezan a aplicar a lugareños y visitantes. “Actualmente no nos hemos involucrado mucho con la comunidad, esperamos en este nuevo semestre empezar en esta parte, porque apenas estábamos haciendo los trámites pertinentes del proyecto, pero sí les hemos estado comunicando a las personas en las playas y han mostrado interés por ver lo que está sucediendo en el sector”, anota Portillo.

La iniciativa de los estudiantes de la sede de Ciencias del Mar de la Universidad de Antioquia, ubicada en Turbo, cuenta con recursos provenientes principalmente de la Universidad de Antioquia desde la Dirección de Regionalización, la Seccional Urabá y el Grupo de Investigación en Estudios Oceánicos. Se cuenta también con el apoyo de la Capitanía de Puerto.

Una hipótesis

Esta última -la Capitanía de Puerto- además ayuda a recuperar los cuerpos cuando se presentan los ahogamientos; y organizar reuniones para que la Alcaldía se sume a esta labor en uno de los puntos más representativos de la localidad.

Hasta el momento, la investigación les ha permitido construir una hipótesis que esperan validar o ajustar con los días. Explica Orozco que “allí hay un sistema, una entrada hacia un lugar que se llama Bahía El Uno, precisamente donde queda la playa. La gente se baña en esa transición entre la playa y la bahía y es ahí donde se pueden encontrar corrientes tanto de entrada a la bahía como de salida al mar que, por diferencias de temperatura o propiedades netas del agua, genera que la gente se ahogue. Posiblemente es esa la hipótesis, en este momento la estamos reestructurando porque, ejecutando el proyecto, la bahía se cerró y la gente cree que por esto no habrá más ahogamientos, lo que queremos como Universidad es generar el conocimiento que muestre si es potencialmente peligrosa o no”.

En enero 2012 ya había sido ubicada la valla que advierte el riesgo que representa meterse al mar. Para esa fecha, los hermanos Alejandro y Jonatan Úsuga Zapata estaban tomando un baño en las aguas y una extraña corriente se los llevó. Sus cuerpos fueron recuperados horas después. Nadie supo decir qué fue lo que ocurrió, pero sí se regó el rumor de que las aguas allí se comportan de manera extraña, por lo que es mejor evitar nadar o tener cualquier tipo de actividades en este punto. Y con cada ahogado, se habla, de nuevo, de la misteriosa corriente, el fenómeno que los investigadores del Proyecto Barajas quieren explicar desde sus profesiones.

“Cuando ocurren estos hechos el pueblo se siente mal y ya todo el mundo deja de coger para la playa y en sí eso puede ser un bajón para la economía de la región, la gente deja de ir a Barajas y busca otros lugares”, agrega el estudiante de Ingeniería de Oceanografía.

Para el hambre, algo más que alimento

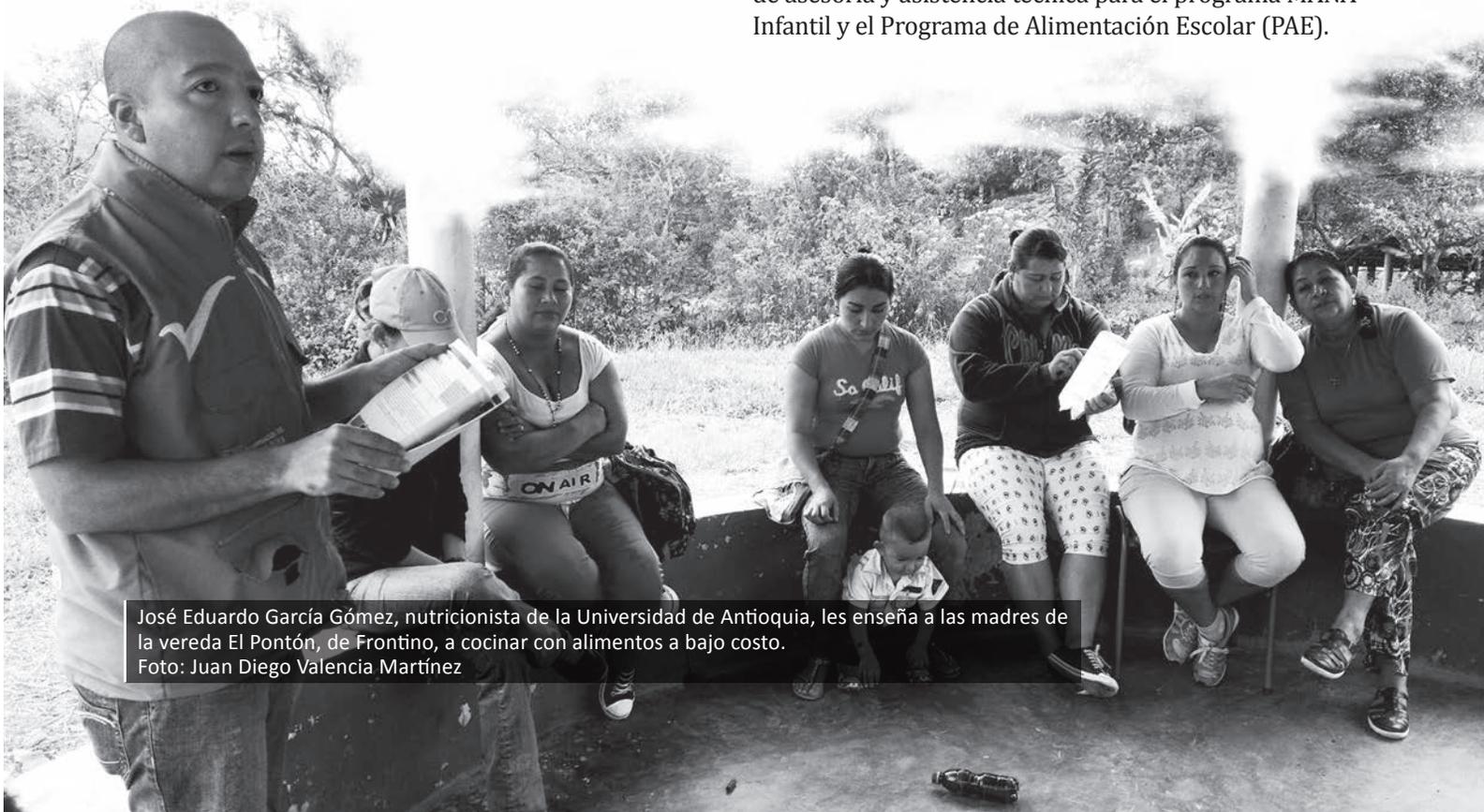
La Universidad de Antioquia y la Gobernación desarrollan el proyecto Acciones educativas, de asesoría y asistencia técnica para Maná Infantil y el Programa de Alimentación Escolar (PAE) en los 125 municipios del Departamento. Se espera llegar a unos 350 mil niños participantes de PAE, a 3500 instituciones educativas y capacitar a 150 mil padres o cuidadores de PAE y 70 mil de MANÁ Infantil.

Por: Juan Diego Valencia Martínez

José Eduardo García Gómez no es rubio, no tiene cuerpo de atleta y tampoco las facciones de un cotizado modelo de pasarela. Pero con su voz y sus gestos logró atrapar a 11 madres que, sin pensarlo, soltaron de sus brazos a sus 12 hijos para escucharlo.

Escenas como esa, ocurrida el jueves 30 de julio en un kiosco comunitario de la vereda El Pontón del municipio de Frontino, se repiten todos los días con profesionales de campo y mamás en Yondó, Peque, Abriaquí, Nariño, Heliconia, Tarazá, Arboletes y otros 112 municipios del Departamento.

Allí, la Universidad de Antioquia –por medio de la Escuela de Nutrición y Dietética- y la Gerencia de Seguridad Alimentaria y Nutricional de la Gobernación de Antioquia- desarrolla el proyecto Acciones educativas y de asesoría y asistencia técnica para el programa MANÁ Infantil y el Programa de Alimentación Escolar (PAE).



José Eduardo García Gómez, nutricionista de la Universidad de Antioquia, les enseña a las madres de la vereda El Pontón, de Frontino, a cocinar con alimentos a bajo costo.
Foto: Juan Diego Valencia Martínez



Entre octubre de 2013 y junio de 2015, los profesionales de campo realizaron 6.617 visitas a Instituciones educativas en las que se ejecuta el Programa de Alimentación Escolar (PAE).

En esos lugares hay 190 profesionales como José Eduardo, nutricionistas, dietistas, ingenieros de alimentos, expertos en ciencia y tecnología, entre otros, que dejaron sus casas para enseñarles a las mamás antioqueñas, a sus hijos y a sus familias, que el hambre se enfrenta con algo más que un plato de comida.

En una montaña rusa

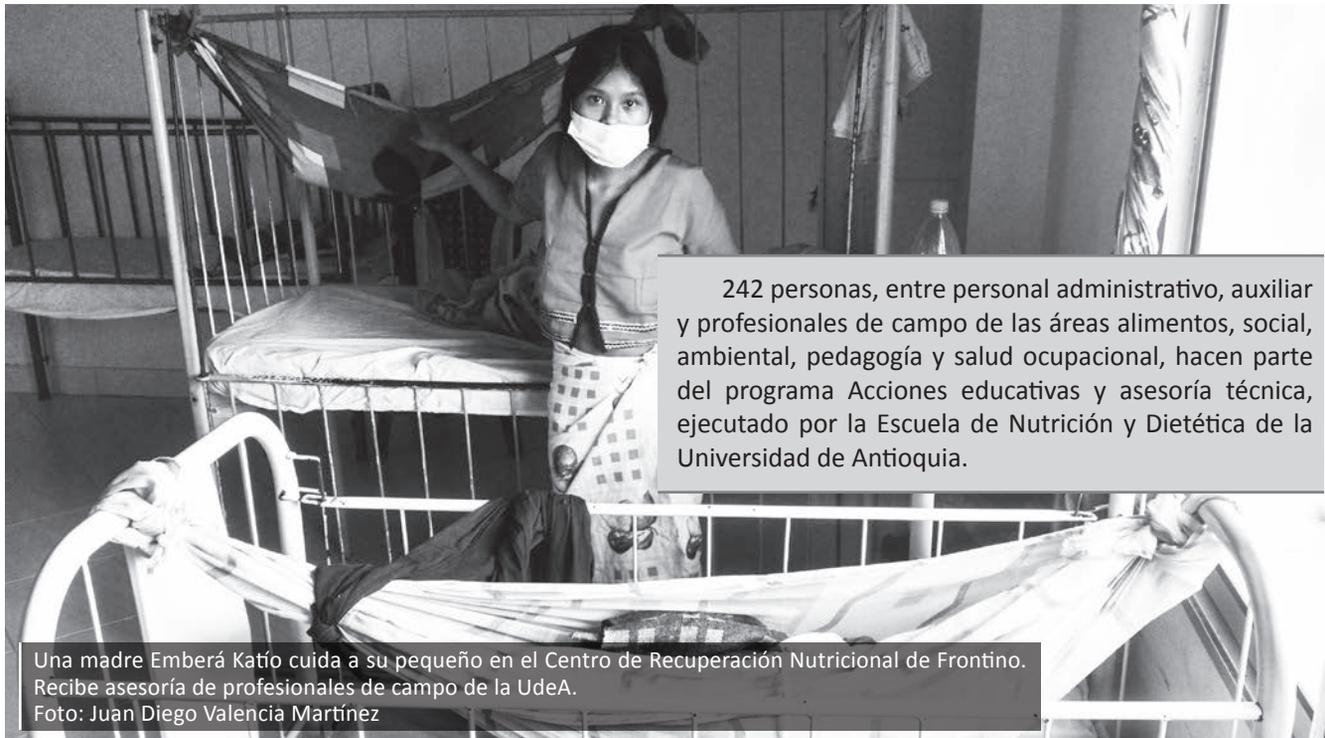
Para José Eduardo, la visita a El Pontón comenzó a las 7 de la mañana. A esa hora ya estaba vestido con un chaleco verde de logos de la Gobernación de Antioquia que lo identifica entre la comunidad, listo para darle rienda suelta a una travesía. Fue a un restaurante y tomó un desayuno liviano en harinas y rico en proteína (bastó con una arepa, huevo y una taza de chocolate) porque “un calentao de frijoles es muy pesado y prefiero cuidarme”, dijo.

Luego adelantó varias diligencias en la Alcaldía de Frontino, que funciona en un edificio de tres pisos, se encontró con el mototaxista con el que había contratado su viaje y emprendió la odisea en la conquista nutricional de esas mamás; eran las 9:22 de la mañana.

A bordo del velocípedo atravesó el parque principal, el barrio Manguruma, tomó la vía a Abriaquí (municipio del occidente lejano) y cruzó la vereda El Limo para llegar a El Pontón. La mayor parte del viaje fue hecho a través de una carretera empedrada -pues no hay otra- a una velocidad promedio de 30 kilómetros por hora, como si se estuviera bailando dentro de una olla hirviendo llena de palomitas de maíz. ¡Once kilómetros en una montaña rusa!

“Hola mamás. Les voy a enseñar a hacer una sopa de verduras”, expresó José Eduardo al llegar al kiosco, después de haberle pedido autorización a la maestra de la Escuela Normal Superior Miguel Ángel Álvarez, una mujer alta como una palmera y morena como la mejor de las panelas producidas en Frontino.

Minutos antes, ella lideraba una charla con mamás de esa vereda que se extiende en terreno ondulado, en la que predomina un clima primaveral y que tiene de horizonte el cerro plateado, antiguo lugar sagrado para la comunidad indígena Emberá Katío que le da el nombre al municipio.



242 personas, entre personal administrativo, auxiliar y profesionales de campo de las áreas alimentos, social, ambiental, pedagogía y salud ocupacional, hacen parte del programa Acciones educativas y asesoría técnica, ejecutado por la Escuela de Nutrición y Dietética de la Universidad de Antioquia.

Una madre Emberá Katío cuida a su pequeño en el Centro de Recuperación Nutricional de Frontino. Recibe asesoría de profesionales de campo de la UdeA. Foto: Juan Diego Valencia Martínez

Para seguir con la conversación, como un mago que mantiene cautiva a una jauría infantil ávida de entretenimiento, las hipnotizó hablando de la importancia de sentarse a comer (no hacerlo mientras se está de pie ni caminando), masticar, tomar mucha agua, reposar, incluir ensaladas en las comidas, desinfectar los alimentos antes de consumirlos y quemar energías, lo que definió como buenas prácticas alimentarias.

“Es que es diferente alimentarse a comer. Por eso, les voy a presentar unas recetas que les ayudarán a hacer preparación con alimentos de bajo costo”, agregó, para luego explicar que hablaba de recetas con cidra, ahuyama y yuca, productos que en algunas casas se usan para dar de comer a cerdos, caballos, burros y mulas y en otras hasta se desperdician.

Una de las que escuchaban a José Eduardo casi sin parpadear era Verónica Johana Moreno Herrera. Ella tiene 26 años, un hijo de siete y –cuando usted lea este artículo- un bebé de días de nacido al que los médicos le programaron la llegada a este mundo para el miércoles 4 de agosto. Al momento de la charla con José Eduardo, Verónica aún no le había escogido nombre, pues en las ecografías nunca dejó ver cuál sería su sexo.

“Los programas me ayudan en el complemento de alimentación del niño. Eso se ha visto reflejado en el crecimiento de Johan (su hijo mayor), en su salud y en la parte educativa porque desde que esté yendo bien alimentado a la escuela, mejora la convivencia con las demás personas. ¡Y lo bueno es que se come todas las comidas!”, contó Verónica, beneficiaria de PAE, programa para niños mayores de siete años que reciben el almuerzo en la escuela.

Desde el indio hasta el alcalde

Lo que José Eduardo y los otros 189 profesionales de campo hacen en las comunidades no solo involucra a las mamás. Según Adriana Lucía Londoño Grajales, coordinadora general de Acciones educativas, asesoría y asistencia técnica, también se encargan de hacer acompañamiento y asesoría a las administraciones municipales para fortalecer el funcionamiento de los programas de complementación alimentaria PAE y MANÁ Infantil, así como de capacitar a todos los actores que pertenecen a ello promoviendo mejores hábitos de alimentación y estilos de vida más saludables.

Además, en el área ambiental se trabaja en higiene, adecuadas condiciones del manejo de los alimentos tanto en MANÁ como en PAE –para este último, en los 3500 restaurantes escolares de Antioquia en los que se aplica-

en la implementación y manejo de los planes de saneamiento ambiental de bodegas de almacenamiento, desinfección de utensilios y manejo de aguas.

Los resultados de este trabajo estimulan a los participantes (padres de familia, docentes, administraciones municipales y comunidad en general) a mejorar la ejecución de los programas de complementación alimentaria, buscando que los niños y las niñas del departamento reciban no sólo un complemento alimentario sino una atención integral orientada a mejorar las condiciones de seguridad alimentaria de ellos y sus familias, explica Adriana Lucía.

Para conseguirlo, indicó Juan Guillermo Hurtado, coordinador técnico educativo del proyecto, desde el componente educativo se buscan pedagogías y poder llegarles a los interesados.

“Se hacen ferias educativas, se les muestran prácticas adecuadas. Además se han elaborado 40 guías de aprendizaje que son enseñadas por cada uno de los profesionales. Y hay un componente social que busca que las personas se empoderen del proyecto, que en los colegios se generen comités y se haga veeduría”, explicó, y añadió que todos estos proyectos deben ir acompañados de una política pública en los municipios. Ya en el departamento existe una ordenanza, la número 27 del 16 de diciembre de 2003, que es una alianza internacional para la seguridad alimentaria.

De hecho, los esfuerzos por trabajar en la recuperación nutricional de la población más afectada por las necesidades alimentarias son valorados por el alcalde de Frontino, Jorge Hugo Elejalde. Tan es así, que anunció la creación de un centro de recuperación nutricional en el corregimiento de Murrí, ubicado a una hora en carro desde el casco urbano de Frontino y donde se encuentran gran parte de los 5800 Emberá Katío que hay en el municipio. “Es un proyecto grande, del que estamos esperando unos resultados grandes, porque tenemos un problema de desnutrición en la población indígena”.

Y allí, seguramente, llegará un profesional de campo para lograr en las Emberá lo que alcanzó José Eduardo con Verónica y sus vecinas: que aprendan que los problemas de inseguridad alimentaria y nutricional se enfrentan con algo más que un plato de comida.



Una red para atrapar la violencia

Por: Jeny Montoya

El programa de Psicología, de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, le apuesta a la creación de redes psicosociales que generen espacios de reflexión y sensibilización en torno a los efectos generados por la violencia intrafamiliar en los municipios de Rionegro, La Ceja y El Retiro.

El manejo de la respiración era fundamental para no atrofiar al cerebro con dudas e inseguridades. Esa tarde, Melissa Flórez Lince necesitaba estar relajada si quería salir victoriosa en aquella prueba a la que se enfrentaba: el examen de admisión de la Universidad de Antioquia.

Era la primera vez que iba a la Seccional Oriente. Estaba asombrada con lo bonita y grande que era. Se escuchaban voces, risas y susurros. Sus ojos anhelaban encontrar aquella aula en la que pasaría las horas siguientes suplicando que las agujas del reloj se movieran cada vez más lento.

“Tranquilízate, tranquilízate... Ojalá no esté tan difícil...”, se decía mentalmente mientras empuñaba el lápiz, el borrador y el sacapuntas en un intento por impedir que los demás se percataran del temblor que tenía a causa de los nervios.

Encontró el salón. Inhaló y exhaló lentamente. Una señora de estatura baja y cabello corto caminaba por el corredor. Se acercó y abrió la puerta. Era la persona que cuidaría el examen y, aunque Melissa no sabía quién era ni cómo se llamaba, estaba segura de que la había visto antes y que la conocía de algún lugar.

Con la respiración agitada de los jóvenes que iban tomando asiento, el ruido en la Universidad se iba apagando poco a poco. La joven no pronunciaba palabra y en su credencial aparecía como primera opción Ingeniería de Alimentos, pero en realidad se había presentado a Licenciatura en Pedagogía Infantil.

Su timidez la iba a obligar a guardar silencio, pero en el preciso instante en el que iba a sentarse, recordó que aquella mujer era Olguita, una de las personas que había estado en su vereda acompañando el proceso de la Red Psicosocial para la Convivencia Familiar.

Tomó aire, expresó su inconveniente y le preguntó si quizá la recordaba. Tras unos segundos, la mujer sonrió y respondió: “Usted es de Lejos del Nido, ¿cierto?”. La chica asintió y ambas sonrieron. “Déjeme sus datos y siéntese que ahorita le entregamos el examen”.

La historia

A esa hora todo estaba en silencio. Los corredores de la Seccional estaban vacíos. Afuera, en la portería, estaba María Nery Lince, encomendando a Dios que a su hija le fuera bien en la prueba, mientras que Melissa, con el lápiz humedecido por el sudor de sus manos, intentaba rellenar una de cuatro bolitas.

“Empecé con comprensión lectora. Yo miraba y todas las respuestas se parecían, todo coincidía con el texto, entonces volvía a leer”, recuerda la joven en medio de carcajadas. Estaba entusiasmada, nadie sospecharía que había viajado dos horas desde su casa hasta la Universidad.

Ellas viven en Lejos del Nido, una vereda del municipio de El Retiro ubicada a 14 kilómetros del casco urbano. Se accede a ella por una vía destapada, desde la carretera principal que conduce a La Ceja. Al igual que ellas, Olguita y un grupo interdisciplinario de personas, recorrieron semanalmente el mismo camino con el ánimo de realizar cambios positivos en esta comunidad.

Se trataba de la Red Psicosocial para la Convivencia Familiar, una estrategia que venía siendo implementada desde el año 2006 por el programa de Psicología de la Universidad de Antioquia, Seccional Oriente, en convenio con las administraciones municipales de Rio-negro, La Ceja y El Retiro.

Lo que querían era “generar procesos que contribuyeran a la sensibilización y concienciación en torno a las causas, manifestaciones y consecuencias de la violencia intrafamiliar, creando mecanismos para la solución pacífica de los conflictos y la promoción de la con-

vivencia”, afirma María Isabel Noreña, coordinadora y proponente del proyecto.

Y es que Lejos del Nido es un nombre con historia. Su origen, según algunos historiadores, se remonta a la época de la Colonia, en la que los antepasados de los indígenas que poblaron este territorio fueron desplazados de su tierra natal en San Antonio de Pereira, para que cultivaran y sembraran caña de azúcar, anís y algodón en un mejor terreno.

Los problemas sociales han prevalecido en este territorio. Según datos aportados por la Comisaría de Familia del municipio de El Retiro, del año 2001 al 2009, se presentaron 80 denuncias provenientes de las veredas El Chuscal y Lejos del Nido, por violencia intrafamiliar, inasistencia alimentaria, abuso sexual, maltrato infantil, filiación y custodia, violencia conyugal, menor en situación irregular, entre otras.

“Era trascendental comenzar a presentar propuestas de extensión y proyectos que respondieran a esas problemáticas y a las necesidades reales de la región”, cuenta la profesora María Isabel.

Los rayos de sol ya no molestaban tanto a su madre, el ocaso estaba cerca y Melissa apenas empezaba



El programa de Psicología de la Universidad de Antioquia desarrolla la estrategia Red Psicosocial para la Convivencia Familiar en el oriente Antioqueño.
Foto: Cortesía



Los participantes en el apoyo psicosocial produjeron estos mensajes con apoyo de los profesionales de la UdeA Seccional Oriente.
Foto: Cortesía

a resolver la prueba de razonamiento lógico. Tic, tac, tic, tac... “¡Ay, juemadre, qué cosa más difícil! Aquí sí no paso. Yo miraba a mi alrededor y los demás eran todos concentrados haciendo operaciones”, rememoraba entre risas.

Inhaló y exhaló. Tenía poco tiempo. Ya los aspirantes habían comenzado a abandonar el aula. Recordó que su mamá la esperaba y, al igual que ella, encomendó el examen a Dios. Cogió su hoja de respuestas, la entregó, se despidió de Olguita y salió.

– Mami, mami, eso fue horrible, le dijo.

– Esperemos a ver qué pasa. Esperemos los resultados, sentenció doña María.

El juego de la vida

Tras cada paso que daban, más pequeñas se hacían las nubes. La oscuridad no dejaba distinguir entre el verde de las montañas y el azul del cielo. Estaban a 30 minutos del centro de la vereda, donde se encuentra la Institución Educativa Rural Lejos del Nido.

Durante diez meses, las familias de la comunidad se reunieron en estas aulas para compartir, reír, dialogar y aprender. La cantaleta de su madre fue lo que hizo que Melissa se decidiera ese sábado a acompañarla a la Red. Pero la metodología utilizada por los psicólogos fue la que logró que ella regresara.

Según la Comisaría de Familia de El Retiro, entre 2001 y 2009 hubo 80 denuncias por delitos relacionados con la violencia intrafamiliar en las veredas El Chuscal y Lejos del Nido.

Ellos tenían claro que no querían que la Red se convirtiera en una más de las intervenciones asistencialistas. La proponente explica que lo que hicieron fue escuchar a las personas contando sus experiencias y reconociendo las dificultades que los aquejaban y, con esa información, diseñaron y realizaron diferentes talleres reflexivos a partir del juego.

“Los poníamos desde dibujar y cantar rondas infantiles hasta a construir barcos de papel bond. Eran actividades en las que reflexionaban y pensaban en los diferentes conflictos y sus posibles soluciones. Había que hacerlo así para que las capacitaciones no fueran una carga sino que logran que la gente se conectara con el trabajo”, dice el psicólogo Santiago Muñoz.

A Melissa le encanta jugar. Ella fue feliz jugando a la telaraña, una actividad en la que los participantes formaron un círculo y uno de ellos comenzó pasando una madeja de lana a otro y éste a otro hasta conformar una red. Todos debían responder cuál era el logro que habían obtenido y cómo les podía servir para trabajar en conjunto.

Y es que el proyecto pretendía dejar una capacidad instalada al involucrar no sólo a la población sino también a las organizaciones de base y líderes comunitarios, para que se articularan y conformaran una red de apoyo para direccionar políticas públicas a favor de la familia.

Para esto, entregaron a los facilitadores de convivencia familiar, una guía de trabajo que los ayudará a poner en práctica los conocimientos, métodos y técnicas adquiridas y, de esta manera, convertirse en multiplicadores activos y propositivos que apoyaran la prevención, intervención y manejo de la violencia intrafamiliar.

El hecho de que Melissa estuviera cursando undécimo, interesó mucho al grupo de psicólogos. “Estaba a punto de graduarme y querían saber qué expectativas tenía. Marbin Barros y Daniela Toro, me motivaron mucho y me decían que debía pensar en mi futuro porque no me podía quedar estancada”, aduce la joven.

A ella nunca se le había cruzado por la mente estudiar en la universidad. Jamás. Era demasiado costosa y no tenía las posibilidades económicas para siquiera pensarlo. Su única alternativa era hacerlo en el SENA o ser policía para terminar rápido y comenzar a ganar dinero y así, tal vez, estudiar una carrera.

Y ahora se encontraba luchando con cada soplo de ansiedad. Quería que la espera acabara y conocer de una buena vez los resultados del examen de admisión.

Otra de las razones por las que se planteó este proyecto fue por la necesidad de que los estudiantes del pregrado de Psicología conocieran de primera mano las problemáticas de su región y tuvieran un espacio para realizar su práctica profesional.

Un día María Nery llegó a su casa completamente feliz. “Meli, usted pasó a la universidad”, le dijo. Pero ella se quedó callada, en shock. Luego, todo fue alegría.

Pero la felicidad se opacó cuando recordó que, según la credencial, había pasado a Ingeniería de Alimentos y no a lo que ella quería. Volvió a la Universidad y habló con Olguita, “gracias a la Red conocí a esta mujer, que se ha convertido en un gran apoyo en mi carrera, y a Daniela Toro, que con su ejemplo me enseñó que a pesar de los obstáculos, si uno quiere algo y en verdad lucha por alcanzarlo, se puede obtener”.

Aún recuerda el día en que se graduó como multiplicadora de convivencia familiar. Olguita casi llora en el momento de entregar los 80 certificados. Melissa estaba nerviosa por tener que subir a recibirlo y por la foto que le tomarían. Actualmente espera con paciencia el día en que reciba su diploma como Licenciada en Pedagogía Infantil.



Algunos padres de familia asistieron acompañados por sus hijos, a los talleres realizados en el proyecto Red de Apoyo Psicosocial.
Foto: Cortesía



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3

**VICERRECTORÍA
DE EXTENSIÓN**

Frutos

Octubre 2015

N.9